

IV

Esta mañana, que es fresca y jubilosa como un clavel recién abierto, salen Paco y su padre a hacer visitas de despedida.

— Iremos — dice Paco — a casa del padrino.

El padrino vive en Sotonegro, a unos siete kilómetros de Puente-la-Piedra.

— De paso — dice el padre — visitaremos al capellán de Armendia.

El capellán de Armendia vive en su casona, que está a medio camino de Sotonegro.

Con el fresquito de la mañana da gozo caminar. Yo creo que al amanecer, cuando el cuerpo despierta, la conciencia una hora sigue durmiendo, y por eso es siempre esta hora matinal hora limpia y blanca, y el alma en ella salta y retoza como si fuera niña, porque nada le pesa, y por eso los días en que no aprovechamos esta paz madruguera suelen ser grises.

En el campo están arrancando el lino; átanlo en haces, que son rechonchos y cabezudos. Ocupados en la recolección, hombres y mujeres se afanan como hormigas. Las tierras que fueron de trigo están lisas y pardas, esperando la nueva sementera; a lo lejos de las viñas ostentan su pompa tardía, y un palomar — torre blanca techada de rojo — toma en la unánime llanura aires de fortaleza.

Padre e hijo caminan a buen paso, y como siempre que se encuentran juntos, hablan muy poco y se entienden muy bien.

Hoy está Paco de buen humor. Señor Manuel no le tiene malo. El viaje, aunque ya formalmente decidido, no ha alcanzado ese límite de proximidad inmediata en que comienzan las tristezas de la despedida. Señor Manuel sabe que el hijo se le va; aun no se ha dado cuenta de que se queda solo, y no recuerda que el estar solo es cosa triste.

A cada paso llueven los saludos. En la casilla del peón caminero hay cuatro viejos que toman el sol.

— ¡Adiós, señor Manuel, y la compañía!

— ¿Conque se nos va Paco? ¡Vaya, vaya!

— Y a Madrid nada menos.

— ¡Qué se ha de hacer, hombre; que se ha de hacer!

Y cabecean los cuatro a corp, como si aquel viaje fuese un gran problema para sus cuatro cerebros, encallecidos bajo las canas.

Una muchacha vuelve de la fuente; trae el cántaro en alto y las manos puestas en las caderas, arqueando los brazos como asas de ánfora.

— ¿Conque te marchas a Madrid, Paco? ¡Buena vida que te vas a dar!

Y se ríe con toda la cara, alegre como sol madrugador.

— ¿Tú sientes que me vaya? — pregunta el mozo.

— ¡Como que me estoy muriendo de penal! — replica ella entre dos risotadas —. ¡Y que te casarás con una señorona de por allá! ¡Quién fuera tú! — añade filosóficamente; y pasa.

Para aquella rapaza el viaje de Paco es un cuento de hadas que acaba en boda.

Hay en una pradera una vieja que guarda una vaca.

— Muy buenos días, señor Manuel. ¡Ay, Paco, hijo, conque te vas! ¡Dios te bendiga, hijo! También se fueron los míos, también... ¡Dios te bendiga!

Para la vieja que guarda la vaca, el viaje del mozo es un recuerdo.

Cinco rapaces andan *a moras* en una linde; quítanse las monteras y dicen con tonillo, como cantan en clase la doctrina:

— Buenos días, señor alcalde, ¿cómo está usted?

Y luego, picoteando como pájaros:

— Ese es el hijo... el que se va —, y se ríen.

Para ellos, Paco es uno que se va, y el famoso viaje una palabra que suena a hueco y hace reír.

Allí está la casona de Armendia, y en el huerto de la casona el capellán. Es hombre de hasta cuarenta años, alto y huesudo, con el pelo de tan negro color, que parece haberle desteñido rostro abajo, matizándole surcos y arrugas con pinceladas de mal agujero. Tiene la boca a modo de caverna, con dientes amarillos, plantados en tan varias direcciones que más que hermanos parecen enemigos. Se llama don Alfonso de Ordóñez y Armendia; pero en el pueblo todos le nombran por el apellido segundo, que es titular de la casona, herencia de la madre.

Está el don Alfonso a la sazón con la sotana arremangada y bien sujeta a la cintura, dejando al descubierto los calzones de pana, que un día fueron negros y hoy son verdes a trechos y a trechos rubios, los pies sumidos en grandes zuecos, la cabeza al aire y todo él afanado en azadonear

un cuadro que fué de remolacha, y que será de nabos en la próxima siembra, y mientras zarandea el azadón, grita con voz de bajo profundo — voz que es su orgullo y que le hace ganar buenas pesetas en los entierros *gordos* de toda la provincia:

— ¡Gandules, más que gandules!... Así se trabaja, así... ¿Conque liando un cigarrito? Buen cigarrito nos dé Dios. ¿Echo yo un cigarrito? ¡Gandules!

Los gandules son dos mozos de campo que poco más allá trabajan como bestias.

El breviario, forrado en percalina, descansa abierto entre dos ramas bajas de una higuera, y a las veces aletean sus páginas tiesas y amarillas como si quisieran volar; dícneme que es el aire el que las mueve; pero bien creo yo que, más que el aire, muévelas el espíritu de amor que sobre ellas, en cánticos y salmos, anda envuelto, y que no puede sufrir con paciencia las vociferaciones del clérigo. Yo sé que un pájaro, bajando de la copa de la higuera, ha ido a posarse en las abiertas páginas, y sé que en la página donde se posó hay unas líneas que a la letras dice: *Laudate nomem ejus quoniam suavis est Dominus, et in æternum misericordia ejus.*

— A la paz de Dios, don Alfonso.

— Buenos días, señor alcalde. Felices, Paco. De paseo, ¿eh? ¡Dichosos ustedes que tienen tiempo de pasear! Yo aquí, esclavo de esta gente, porque en cuanto uno se descuida... Siéntense, siéntense y descansen... Dichosos ustedes...

— Pero, don Alfonso — insinuó Paco —, ¿por qué se afana usted de ese modo?

— ¿Por qué se afana usted...? Es mucha cantinela; todos decís lo mismo: ¿por qué se afana usted? ¿Voy a dejar que se lo lleve todo la trampa? ¡Buenas andarían las cosas si yo no me afanase!

El capellán habla *ex abundantia cordis*. Es mucha manía la de la gente, empeñada en que él no ha de ocuparse de lo suyo. ¿Que no tiene hijos? Y porque no los tiene va a tirar el caudal por la ventana... ¿Que no come, que no duerme, que no sosiega, que no deja dormir ni sosegar a nadie por sacar cuatro cuartos a la casona? ¿Y qué le importa a nadie? ¿De quién es la casona? ¿De quién, en resumidas cuentas, los cuatro cuartos? ¿A quién le va o le viene en que él coma o no coma?

La verdad es que pasa la más aperreada vida posible, yantando berzas, durmiendo en pajas, levantándose al alba y trabajando hasta que muere el sol, que aquellos cuatro cuartos deben ser muchos miles y que nadie sabe dónde están; y

dicen las gentes: «Al capellán lo matan una noche para buscarle el *gato*.»

— Pues nosotros venimos de despedida; éste se marcha.

— Y no quise marcharme sin decirle a usted adiós.

— Dichoso tú que dejas esta pícara tierra. Mírame a mí: sudando como un negro... ¡Ah, grandísimo perro! Aguarda, aguarda...

El «grandísimo perro» es el pájaro del breviarío, que, cansado de picotear salmos, se almuerza un higo. El capellán le tira una piedra; pero el ladrón, que se pasa de listo, en un revoloteo se planta en el tejado y la mira pasar; cayendo la piedra da en el libro y lo cierra de golpe, rebota luego y, al tocar en tierra, troncha una col. Consterñado el capellán, enmudece. ¡Un higo y una col le ha costado el maldito pajarraco, que ahora, filando un trino, celebra la hazaña y burla del clérigo!

Los visitantes se despiden.

— Ya sabe que pasado mañana le esperamos en casa.

— ¿Pasado mañana?

— Paco, antes de marcharse, quiere obsequiar a los amigos. Se comerá un arroz — y *lo que caiga*,

diría don Lino. Don Lino está soñando, hace ocho días, con aquello que el jueves ha de caer.

Pasado el puente, que es formidable y mueve a risa, sobre el río seco, empiezan las praderas: regatos de cristal las cruzan y las cantan, y cae sobre el verdor de las hierbas la sombra de los álamos que hacen la linde. La sombra de un álamo sobre una pradera, no acaba nunca de llegar al suelo; es como una caricia que anda buscando sitio en que posarse y no le halla; a mí me causan pena estas sombras que nunca se están quietas..., y aquellas otras que caen dentro del agua y que el pasar del agua va rompiendo.

Más allá hay huertos cercados de piedra; en uno de ellos se oye cantar a un hombre a compás de una noria.

Como va adelantando la mañana, pica el sol, y los dos caminantes aceleran el paso; un poco más allá cabecean las frondas de Sotonegro.

Es Sotonegro una finca grandísima, medio de recreo, medio de labranza. La casa-habitación está escondida entre copudos tilos; por las blancas paredes serpentean hasta diez variedades de parra; la que endosela el pórtico es de anchas hojas verde profundo, y los racimos tienen color de ámbar; la que encuadra las rejas tiene menudas pámpanas

tiernas de color, y las uvas parecen gotas de ajeno; sube a la balconada el pomposo racimo moscatel, y la plebeya *tinta* abraza la fachada posterior, en complicidad humilde, con una su arrogante hermana venida de muy lejos, cuyos racimos largos, a medio madurar, tienen color de púrpura.

Bajo la sombra eglógica de aquellas parras vive el padrino, y vive la mujer del padrino, y vive con ellos una perpetua luna de miel.

Tiene el padrino — que lo fué de boda del señor Manuel Trelles — setenta años, y tiene su mujer, doña María Inés de los Carriles, setenta y cuatro. Él es un buen señor que debió ser gran mozo, de barba luenga y blanca, y reluciente calva color de rosa. Doña María Inés tiene la tez florida como un jardín, y es chiquitina, delgada y pizpireta como una espiga. Yo no sé de qué tiene los ojos, que a ratos son azules; a ratos, verdes, y a ratos, grises, con una chispa dentro; pero verdes, o grises, o azules, todo lo ven y con todo se alegran; acaso aquella chispa que en ellos salta sea el don de gozo con que vino al mundo.

Bien pronto atisba a los Trelles, que vienen camino adelante, y sale a su encuentro solícita y alborozada. Doña María Inés ha tenido diez hijos, y guarda de los largos días pasados junto a las diez

cunas, espíritu y ademanes de madre para cuantos a ella se acercan.

— ¿Eres tú, Paquito, hijo de mi alma? ¡Qué bueno estás, y cómo has crecido!

Hace muy cerca de cuatro años que el muchacho no dejó de crecer; pero la dama jamás omite esta benévola observación; y es que, tal vez, a todos los que ama tiénelos su corazón por niños, y siempre se sorprende al mirarlos hombres.

— ¡Adelante, Manuel, adelantel! ¡Qué chicos éstos, y cómo van haciéndonos viejos!

Paco, sin querer, piensa que cuando él nació ya pasaba de vieja la buena señora.

— Cosas del mundo — dice el alcalde —; unos bajamos para que suban otros. ¿Y el padrino?

— ¡El padrino!... En el jardín, tan atareado como siempre; le han traído unas parras de Grecia y las está plantando a ver si prenden; pero voy a llamarle. ¡Cuánto se va a alegrar!

La viejecita rebusca entre los pliegues de su faldamenta; allí, pendiente de un cordón de seda, halla un silbo de plata; llévaselo a los labios y modula una nota larga y vibrante.

— Ya viene, ya viene; ¡cómo se va a alegrar!

Doña María Inés es mujer práctica hasta lo inconcebible; su casa es un verdadero museo de arti-

ficios destinados a facilitar las tareas domésticas; en la escalera cuelgan, de piso a piso, cuerdas empoleadas; atadas a ellas envíanse, de arriba a abajo, los objetos, ahorrando así a la servidumbre la tarea de subir y bajar. Detrás de las puertas se disimulan nichos que guardan los plumeros y paños de limpieza propios de cada habitación; hay aguamaniles en todos los rincones; pasadizos y puertas de escape sinnúmero con destinos hábilmente estudiados.

Como en verano, buscando el fresco, habita la familia en la planta baja, y en invierno, en que-
rrencia de abrigo, se remonta al primero, hay dos cocinas, y dos despensas, y dos roperos, igualmente provistos y aderezados. Con esto la mudanza de piso no ocasiona trastornos, pues no hay que trasladar ni un plato ni un garbanzo. Últimamente doña María Inés ha inventado este refinamiento del silbo de plata. El padrino, llevado de su amor a la jardinería y horticultura, se escabulle hartas veces en el huerto; otro tanto sucede con los domésticos; a la señora parécele el llamarlos a voces cosa plebeya y de mal tono. «Pondremos — dijo el padrino, consultado sobre la ardua cuestión — una campana en el vestíbulo; cuando nos necesites...» «Pero ¿y si os necesito precisa-

mente no estando en el vestíbulo, habré de ir en busca de la campana?» — arguyó doña María Inés. Y, cavilando, cavilando, dió en la idea del silbo. Será como una segunda voz mía, puesto que irá conmigo; pero voz fina y musical, y argentada, dado que el silbo ha de ser de plata. Decidido el caso, fué el padrino a León y compró el instrumento. Tejió la señora, por el ancestral método del manajo de llaves, un cordón primoroso, y he aquí en funciones la segunda y argentada voz; pero al primer ensayo surgió una inesperada dificultad. Fué el caso que el padrino estaba en el jardín podando parras; Carlota, la doncella, en el piso primero haciendo la limpieza; Juana, la cocinera, se hallaba en el corral pelando un ganso; el cochero, Gerardo, quitando el polvo al coche en la cochera—es de advertir que en Sotonegro, y bajo el centro amable de la dama, todo el mundo está siempre donde debe estar. Doña María Inés quiso hablar a su esposo; ¡aquí del silbo! Silbó; a la verdad, la nota era todo lo fina y argentada posible; aun estaba nuestra buena señora recreándose en oírla vibrar, cuando, a su gran sorpresa, hallóse rodeada de toda la familia. Llegó el padrino, verdaderamente; pero con el padrino, y aun antes que él, llegaron Carlota y Juana, y Gerardo, más el

jardinero y la portera, y el mozo de cuadra. ¡Válganos el Señor, qué partida nos ha jugado el silbo! Doña María Inés medita, y de la meditación surge un reglamento. Si se trata de llamar al padrino, silbará una vez sola — *à tout seigneur, tout honneur* —; dos, si a la cocinera; tres, si a la doncella, *et sic de caeteris*, aumentando silbidos a medida que bajan categorías; y para que así conste y se recuerde, el padrino, con magnífica letra redondilla, redacta un cuadro, que es como sigue:

USO DEL SILBO DE LA SEÑORA, Y SU SIGNIFICACIÓN

1	silbido.	—	Es para llamar al Sr. D. Carlos, su esposo.
2	»	—	» » a Juana.
3	»	—	» » a Carlota.
4	»	—	» » a Gerardo.

Cerrado el documento con un rasgo digno de Iturzaeta, clavóse con doradas tachuelas en la pared frontera del vestíbulo..., y aun rige.

Entretanto, ha llegado el padrino: viste un holgado levitón; libra del sol la calva con un vetusto jipijapa, y lleva lentes de oro. Rancia costumbre de sus buenos tiempos, dáselas de gallardo al andar; pero ya la tierra va tirando de él, y su espalda, encorvándose, responde al llamamiento. Hay, por parte de visitantes y visitados, cambio caluro-

so de amabilidades y saludos. Doña María Inés contempla a su marido con sonriente arrobamiento, como si Adonis fuera y por primera vez le mirara; ¡y qué amable, en su rostro de vieja, aquella sonrisa de amor siempre joven!

— ¿Dónde estabas, hijito? Creí que no me oías, y estos muchachos se impacientaban.

Señor Manuel Trelles se esponja. Siempre complace oírse llamar joven por una dama, siquiera sea tan vetusta como doña María Inés.

— ¡Por supuesto, que coméis con nosotros!

— ¡Pues no faltaba más! — Doña María Inés silba dos veces; como por arte mágico surge a su lado Juana. — Estos señores comen con nosotros; dispón la mesa bajo el emparrado, y prepara un plato más de dulce.

Este plato de dulce es para el niño, piensa maternalmente la señora; el niño es Paco Trelles, que, a la sazón, está soñando que dentro de unos cuarenta días tendrá él Madrid a medio conquistar.

En la mesa, pulcramente servida bajo la parra, que tiñe el damasco de los manteles con verdoso matiz aristocrático, los dos viejos obsequian a sus huéspedes; tales Baucis y Filemón agasajando a los dioses en el umbral de su feliz cabaña. Rayos de sol, haciendo prisma del cristal de los vasos, tien-

den de punta a punta de la mesa bandas de iris, y echan en los manjares sal de policromía. Hay gorriones desvergonzados que llegan a la mesa en busca de pitanza; aleteos de sombras fugitivas acarician los rostros de los comensales, y piando bajito — en Sotonegro hasta los pájaros saben de corrección — dan concierto los pájaros.

Habla el padrino:

— Muy acertada me parece esa resolución; tú, Paco, eres muchacho listo, ocupas una posición influyente, y, por lo tanto, tienes grandes deberes que cumplir — el padrino, que lee muchos libros, habla como un periódico —, grandes deberes, digo, porque, en gran parte, la felicidad de Puente-la-Piedra depende de ti. — Un golpe de tos corta el hilo al padrino; su rostro se amorata; el de doña María Inés enlvidece de inquietud; pasa la crisis.

— ¿Estás mejor, hijito?

— Perfectamente; no va uno quedando para nada —. Y, sonriendo, añade:— He enfermado del pecho a fuerza de partir pan a los hijos.

Este es un chiste con veinte años de fecha: los veinte que el padrino lleva de tos. Doña María Inés le acoge siempre con una sonrisa emocionada. Le dice su marido y evoca la memoria de los hijos. ¡Cosas tiene la vida...! Haber criado diez y

no tener ninguno. Todos están lejos; unos más lejos que otros, puesto que no están en el mundo. Cuatro murieron de pequeñitos, hace medio siglo, cuando ella estaba aún bien cerca de los veinte. Otros dos en la flor de la edad. De los cuatro que viven, el uno marchó a Cuba hace treinta años, y no piensa en volver. La pequeña entró monja, y hoy es abadesa; y las otras, casadas están: una en Sevilla y otra en Huesca. Cada dos o tres años tienen los viejos una visita, y ya conocen ocho nietos. Uno, la mayor de Sevilla, se va a casar por Pascua. ¡Qué vida esta! Desde que se quedaron solos se quieren más, y así lo van pasando hasta que Dios disponga. Él la tiene un amor caballeresco, hecho de sumisiones y galanterías, que huele a rosas secas y a madrigal de antaño. Ella le cuida, le mimas, arrullándole; le llama hijo, le mira buen mozo y le admira gallardo, tal como en las retinas de su alma le pintó hace diez lustros el cariño.

Encalmada la tos, prosigue el padrino:

— Grandes deberes, Paco. El pueblo es un eterno menor de edad; los que le rigen son sus tutores naturales, y obligados están a adquirir ciencia y experiencia, todas las que a él le faltan. Bien haces, pues, yendo a la Corte, centro y emporio

del saber nacional, bien haces; que el caciquismo, tan denigrado en libros y papeles, es, si bien se medita, pastoreo lícito, siempre que quien lo ejerce reúna dotes para ejercerlo. La política inglesa ha comprendido bien...

Así el padrino sigue la perorata, hueca y rotunda como artículo de fondo. Doña María Inés le escucha en éxtasis. ¡Lo que sabe este hombre! Señor Manuel Trelles asiente con monosílabos acomodaticios. ¡Es mucha ciencia aquella!

Paco no sabe lo que le pasa. Es decir, que el viaje, *su viaje*, significa todas aquellas cosas... Que es un problema y un deber sacrosanto, cosa no sólo de política, sino de política inglesa... ¡Este pobre señor está loco! Sus peroratas son como el silbo argénteo de mi señora doña María Inés.

Pero es el caso que a la tardecita, de vuelta al pueblo, las tales peroratas que en Sotonegro le sonaron a broma, camino de Puente-la-Piedra, entrándosele por los oídos de la vanidad, comenzaron a sonarle a veras. ¿Por qué no había de ser cosa de intríngulis el que él se fuese o se dejase de ir? ¿Por qué no había el pueblo de estar interesado en ello? ¿Por qué no había de ser él hombre significado y elemento social, y hasta político a la inglesa? ¿Por qué? En porqués y porqués pasó el

camino, y a la noche, en el claustro de la Asunción, hablaba el mozo de esta suerte a la desoladísima Elena:

— Ya ves tú, yo por mí me quedaría, pero no puede ser: tengo grandes deberes que cumplir con el pueblo.